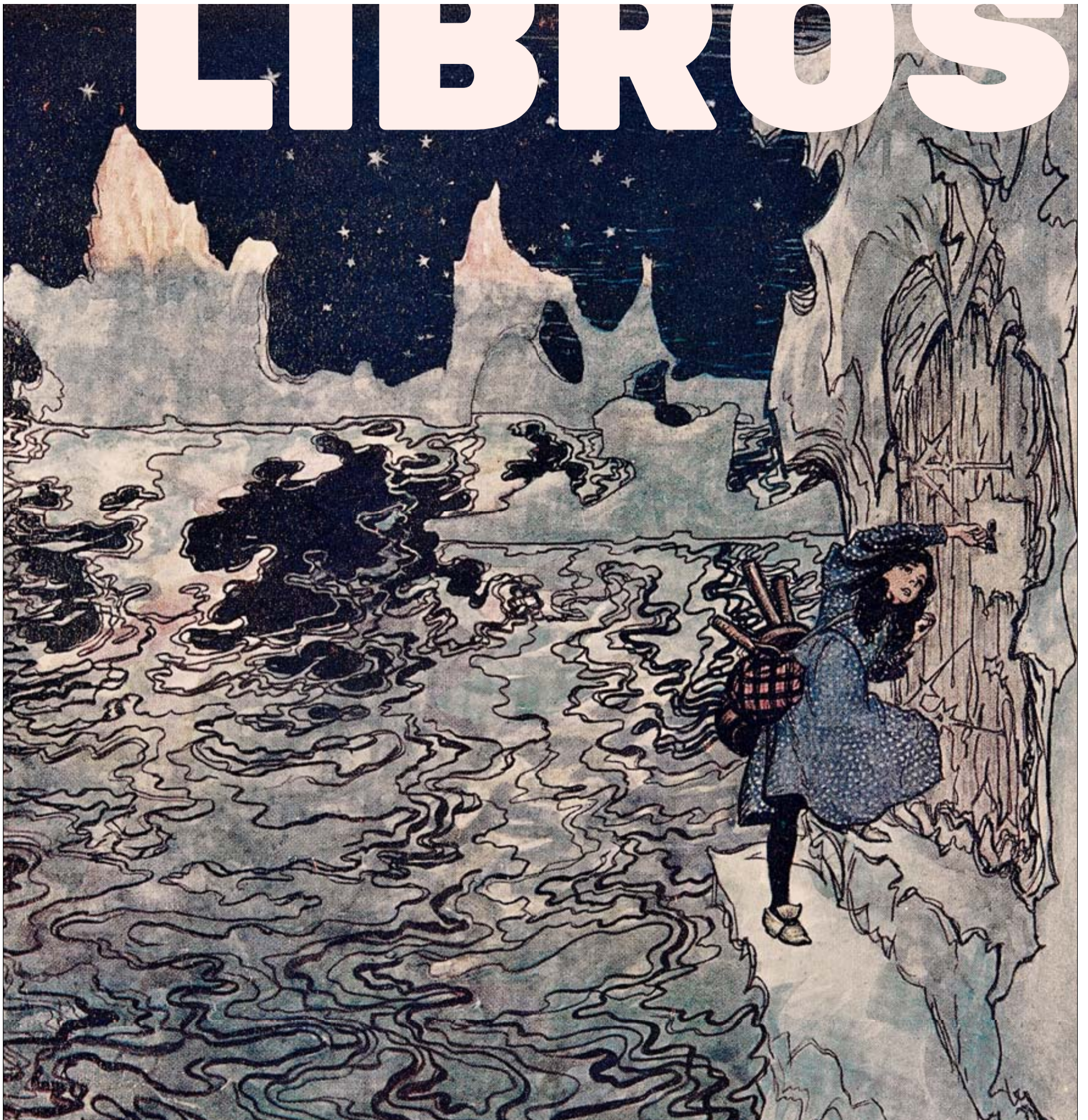


LIBROS



HERMANOS GRIMM ÉRASE UNA VEZ... EL ORIGEN DE LOS CUEENTOS POPULARES

Las historias de hadas sufrieron un azaroso viaje hasta llegar a su forma actual. Isabel Hernández reúne 17 relatos inéditos que muestran el trabajo de los Grimm para adaptarlos al gusto infantil

Por **Andrés Seoane**. Litografía del cuento 'Los siete cuervos', 1909. *Historica Graphica Collection*

Convertidos hoy en parte fundamental del imaginario común, antes de devenir en materia de películas de Disney y en *merchandising* para decorar las habitaciones, juguetes y ropas infantiles, los cuentos populares o de hadas eran otra cosa. Como explica la británica Angela Carter en el prólogo de su antología *Cuentos de hadas* (Impedimenta, 2016), estos relatos tienen una peculiaridad que los distingue de la literatura: durante muchos siglos existieron sólo en la memoria y en los labios de sus hablantes,

fueron narrados, no escritos; oídos, no leídos. «Por ello, los cuentos de hadas, estos cuentos populares de la tradición oral constituyen el lazo más fundamental que tenemos con el imaginario de los hombres y mujeres corrientes cuya labor ha dado forma a nuestro mundo».

Sin embargo, o quizá atendiendo a esto último, a lo largo de los últimos trescientos o cuatrocientos años los cuentos populares han sido recopilados como tesoros para varios fines, que van desde la curiosidad del anticuario y el amor por la filología, a la ideología, pasando por la exploración de una psicología y una sociología extraoficiales. En este proceso, estos relatos sufrieron una





paulatina pero constante evolución desde las toscas versiones narradas alrededor

de las fogatas o en los lares de las casas hasta la letra impresa.

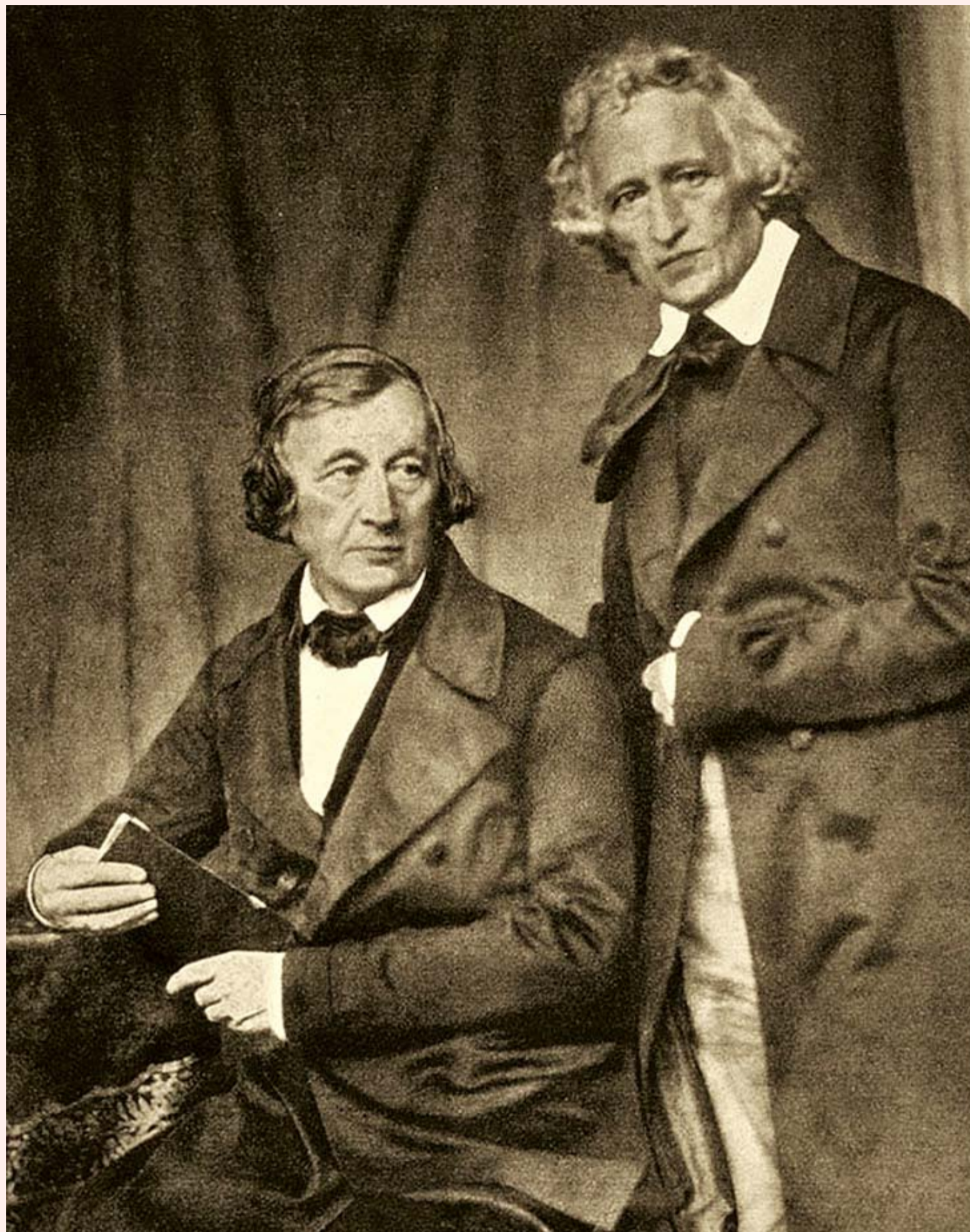
Un apasionante recorrido que nos lleva desde las recopilaciones que, siguiendo el modelo del *Decamerón* de Boccaccio, trazaron en los siglos XVI y XVII los italianos Gianfrancesco Straparola y Giambattista Basile, hasta las modernas interpretaciones psicoanalíticas de Carl Jung, Mircea Eliade o Bruno Bettelheim (y su seminal *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*), pasando por supuesto por las versallescas antologías de Charles Perrault y Jeanne-Marie Leprince de Beaumont y las románticas, aunque todavía violentas y crueles, obras de Hans Christian Andersen y los hermanos Grimm, que incluyeron en el folclore europeo todo el corpus de leyendas germanas y nórdicas.

Sobre el trabajo de estos últimos ha centrado muchas de sus investigaciones la catedrática de Filología Alemana por la UCM Isabel Hernández, experta internacional en literatura en lengua alemana del siglo XIX y en la conformación del canon de la narrativa breve. Fruto de sus pesquisas, traduce y edita ahora *El sastre que llegó al cielo y otros cuentos* (Nórdica), un inusual volumen en el que reúne 17 relatos que, al menos tal y como se reproducen aquí, nunca entraron a formar parte del canon de su libro más famoso, *Cuentos de la infancia y del hogar*, un corpus de 211 relatos que tuvo diferentes versiones entre 1812 y 1857 y es, desde entonces, el libro más popular en alemán, sólo superado en ventas por la Biblia.

Publicados en revistas literarias y antologías a lo largo de cuatro décadas, «la importancia de estos cuentos –entre los que se incluyen historias como *La fiesta de los habitantes del mundo subterráneo*, *El ataúd de cristal*, *El cuento del fiel compadre gorrion* o *El diablo y doña Fortuna*– es mayor de lo que el lector puede pensar, puesto que no fueron en ningún momento alterados en su forma original», explica la profesora. «Evidencian el proceso recopilatorio de los hermanos en su estado inicial, y presentan muchos más elementos propios de la forma oral que la colección editada».

En el siglo XIX, cuando el afán nacionalista provocó el nacimiento del folclore, los lingüistas, medievalistas y mitólogos Jacob y Wilhelm Grimm, autores de un canónico diccionario y obsesionados con establecer una cultura alemana unitaria basada en las tradiciones, «pretendían recopilar las historias en prosa producto de la tradición oral del pueblo alemán, siguiendo el modelo de las producciones líricas que ya habían recopilado Achim von Arnim y Clemens Brentano en los volúmenes que titularon *El muchacho del cuerno mágico*», apunta Hernández. «Querían así dar a conocer a su pueblo los monumentos primitivos de su literatura, que ellos entendían como depositarios del origen común de quienes, justo entonces, intentaban conseguir la unidad nacional».

Con ese afán compusieron su, a la postre, más famoso libro, que en un principio no se dirigía en modo alguno al público infantil. Esto se aprecia en algunas de estas historias primigenias, como la de *Juan sin miedo*, llamada aquí *Cuento de uno que se marchó*



Se eliminan las muertes, se omiten la necrofilia o el canibalismo y se potencia el final feliz

a aprender lo que era el miedo, en el que el protagonista sin nombre es expulsado de casa de su padre, mata accidentalmente a un sacristán, descuelga a hombres ahorcados, juega a los bolos con calaveras y miembros amputados... En otro clásico, *Hermanito y hermanita*, la malvada bruja es quemada en la hoguera con crueldad, mientras que en *Blancanieves y Rosarroja* un oso despedaza a un enano ladrón.

«Jacob entendió que estos cuentos narrados de generación en generación de forma oral eran la expresión más clara del pensamiento y la cultura populares, de

ahí su afán en la recopilación y la fijación escrita de los textos, que recopilaron para ser leídos por adultos», asegura Hernández. «Cuando Wilhelm, vio que sus potenciales receptores podrían ser también los niños, empezó a revisar y a pulir los textos, pero Jacob se desentendió del trabajo». Muchos de estos elementos originales de crudeza y crueldad, fueron eliminados: las muertes son menos explícitas o desaparecen, las madres pasan a ser madrastras, se omiten la necrofilia, el canibalismo... y se potencia el final feliz y los elementos moralizantes y didácticos.